

CAPÍTULO XII. *Del principio de la idolatría, después del Diluvio; y cómo lo primero que adoraron las gentes fue el sol y la luna y las estrellas; y que este modo de dioses fue muy honrado y venerado, en estas partes de las Indias, de los indios gentiles que las poseyeron*



UPUESTO LO DICHO EN EL CAPÍTULO PASADO y que ya los hombres se apartaban de Dios, por vicios y abominaciones y por esta razón los desamparaba él, de su favor y gracia, de aquí se sigue que cuanto más el linaje humano iba creciendo, por la multiplicación de su padre Noé (por quien quiso Dios después del Diluvio restaurarlo) y se derramaba de tierras en tierras por lo ancho y espacioso de el universo mundo, tanto más iba cayendo e incurriendo en rudeza e ignorancia del conocimiento de Dios y de la doctrina que Noé de él les había enseñado; y así rudos e ignorantes los hombres, y no alcanzando más su consideración de aquellos que los sentidos exteriores les mostraban, solamente los ponían en aquellas cosas que eran hermosas, alegres, útiles, deleitables, provechosas y admirables; y en éstas pararon y se detuvieron, con aquel juicio grosero que les había quedado, con el cual se hicieron poco menos que bestiales, y aquellas dichas cosas adoraban y recibían por dioses, como que fuesen dignas de adoración o como si tuvieran alguna divinidad, siendo mendigas de ella por ser criaturas criadas de las manos de Dios.

De estas cosas fue lo primero que se les ofreció a los ojos el sol, el cual, por su grandeza y hermosura, es más visible y de particular consideración a los que no conocen ser sus efectos naturales y procedentes de causa criada y finita; y de aquí es que como le viesan tan hermoso y claro rodear al mundo, con sus vueltas tan ordinarias y concertadas, alumbrar todas las cosas, templar los tiempos del año y que por él se maduraban las plantas y mieses, y que era causa parcial con el hombre (como dice el Filósofo)¹ para la generación del hombre, y que con su virtud y calor se recreaban, no pudieren pensar, ni imaginar, sino que era cosa viva y rodeada de divinidad y poder infinito, con el cual todas aquellas cosas hacía y producía. Viendo también la luna cómo servía al sol casi como vicaria suya, dando lumbre de noche, por ausencia de él, y así presidir en las noches, como el sol en los días, lo mismo de las estrellas, haciendo impresiones en las cosas de la tierra, de aquí se movieron a tenerlas en reverencia y estimación; y ni más ni menos a otras cosas a estas semejantes, como son los cielos, los elementos, el fuego, el aire, el agua y la tierra, según Filón, en el principio de el libro primero de la *Monarquía*, por haber sospechado estas ciegas gentes no haber otro dios, sino el sol, la luna y las estrellas, y que ellas eran señoras y hacedoras de todas las cosas; los cuales, dice Filón,² si estudiaran

¹ Arist. lib. 2. Phis.

² Phil. lib. 1. Monarch.

recta y fielmente, luego conocieran que así como nuestros sentidos son ministros de nuestro entendimiento y razón, así aquellas cosas sensibles son ministros de aquel inteligible bien que lo gobierna todo, que es Dios.

Este fue un error universal en que incurrieron, no sólo aquellos antiquísimos gentiles, sino también estos nuestros occidentales indios; los cuales tuvieron en tanto precio al sol y luna, que los confesaron por unos de sus mayores dioses, a los cuales edificaron muchos y muy sumptuosos templos, como en otra parte hemos visto. Los primeros que cayeron en esta ceguera y miseria de adorar al sol, luna y estrellas, fueron los de Egipto (según Diodoro Sículo),³ y Lactancio Firmiano⁴ lo confirma; y la razón de esto dan, diciendo que como era gente que habitaba en los campos, sin casas, por la calidad de los aires y falta de lluvias (por no llover jamás en aquella tierra), tuvieron más oportunidad que otras gentes de contemplar las estrellas y astros y cosas celestiales; donde también afirma que la primera gente que ignoró a Dios fueron los hijos y generación del maldito Can, hijo de Noé, cuya generación pobló a Egipto, según San Agustín;⁵ fuera de haber procedido también de él los cananeos. Habiendo de valer esta razón para los hombres idólatras, que primero adoraron al sol, lo es muy grande que se les conceda a estos indios, pues en sus principios (como en otro libro tenemos visto) vivieron la vida por sierras y montes, pobre y miserablemente, sin casas, ni abrigo, haciendo su albergue donde les cogía la noche; y en el Pirú no sólo por esto, sino porque también en los que llaman llanos no llueve jamás, como en la tierra de Egipto, por cuya causa los moradores de ella pudieron pensar ser dios el sol, por los muchos y particulares efectos que le veían hacer en la tierra. Y aunque la dicha pudo ser la razón de adorar a Dios en Egipto al sol, luna y otras estrellas, por dioses, a lo menos la fundamental de apartarse estas gentes del conocimiento del verdadero Dios, pienso que sería el mal ejemplo de su padre Can, cuya vida y costumbres siempre fueron malas.

Pues qué maravilla, que los hijos de tan mal padre fuesen pésimos y malos, pues es cosa natural que le hereden las costumbres, porque como dice el refrán y adagio común, de la turquesa toma la forma el bodoque; y según la doctrina de San Pablo,⁶ la raíz santa echa ramos santos; de buena raíz, buenas ramas; y ésta fue también doctrina de filósofos; y entre todos, dijo Aristóteles,⁷ de hombres nacen hombres, y de bestias, bestias, y de brutos, brutos; y luego prosigue, de buenos nacen buenos, y, al contrario, de malos, malos; esto se ha de entender las más veces. De aquí se entenderá la raíz que tiene aquel santo decreto de la Iglesia,⁸ tratando de los infames, que pone la causa, ¿por qué ha de quedar infame el hijo del hereje, pues no cometió culpa el niño? Y responde, que los hijos de los maculados en algún crimen han de ser tenidos por sospechosos en él, por cuanto se ha

³ Diod. Sicu. lib. 1. cap. 2.

⁴ Lact. lib. 2. Divi. Inst. cap. 24.

⁵ Div. Aug. lib. 16. de Civit. Dei. cap. 11.

⁶ Ad Rom. 11.

⁷ Polit. lib. 1. cap. 4.

⁸ Causa. 6. cap. Si quis. 3. q. 1.

de tener en ellos el mal ejemplo de sus padres; y así, es bien que pasen por las penas que sus mayores, lo cual declara luego la glosa,⁹ diciendo: las más veces acontece que los hijos sean semejantes a los padres en las costumbres, y por esta razón es bien que sean con algunas penas reprimidos, porque si no han de seguir a sus padres ruines, que es cosa natural; y así se verá que en la casa del cantor todos son músicos; y en la del jugador todos jugadores, y no hay ninguno de ella que no conozca por la pinta el naípe.

Lo dicho verificamos en Can y sus desendientes. El padre malo, los hijos malos; el padre hereje y traidor y apóstata del conocimiento de Dios, dado a vicios y abominaciones, sus hijos herejes, traidores y apóstatas, entregados y dados a todo género de maldades, entre los cuales, el que con más osadía y atrevimiento apostató de Dios, fue Nembroth, su nieto, del cual dice la Sagrada Escritura,¹⁰ que era fuerte cazador, y declaran otros, tirano y cruel enemigo de Dios; lo cual dice Josepho,¹¹ por estas palabras: fue Nembroth tan atrevido y desvergonzado, que no sólo menospreció a Dios y se ensoberbeció contra su santísimo nombre, pero presumió osadamente de apartar a los hombres del servicio de Dios, persuadiéndolos a que, no a Dios, sino a ellos mismos atribuyesen toda la bondad de las cosas; como quien dice fue el primero que osó hacer guerra descomedida y desvergonzadamente contra Dios, retrayendo a los hombres del temor suyo y que pusiesen su confianza en su propia virtud; y dice luego, que la multitud de la gente estaba tan sujeta a su voluntad, que estaba aparejada de obedecerle en todo lo que les mandase, teniendo por grave carga servir y obedecer a Dios.

Éste fue aquel que primero adoró por Dios el fuego y compelió a las gentes que le seguían a que le adorasen, después que edificaron la Torre de Babilonia, que no acabaron, según dice San Isidoro en sus libros *Ethimológicos*; y el maestro de las historias sobre el *Génesis*,¹² dice, que de este maldito Can y de su hijo Canaam procedieron aquellas siete generaciones de los cananeos, que llamaron fenices, que vivían en la tierra de promisión, como parece en el *Génesis*;¹³ en las cuales concurrieron todas las impiedades y maldades de idolatría y de todos los vicios y abominaciones que se pudieron pensar e imaginar, según su padre Can las predicaba y había predicado y enseñado; de manera que los de Egipto, descendientes de Can, fueron los primeros que tuvieron este género de idolatría, de adorar al sol, luna y estrellas; y de ellos lo fueron tomando otros, si ya no es que el demonio, que enseñó a aquéllos aquel género de adoración falsa y mentirosa, fue el que la enseñó a los otros para que la siguiesen, como el que en todas las cosas quiere ser servido y adorado, pretendiendo en todas ellas usurpar a Dios su verdadero y santo conocimiento.

⁹ Glos. in dict. cap. 13.

¹⁰ Genes. 10.

¹¹ Iosep. lib. 1. de Antiq.

¹² Magist. Hist. in Genes. 37.

¹³ Genes. 10.